

De Cuaderno de París

Pablo Montoya

Fragancia

París era una muchacha insulsa y bella. Dueña de una fragancia mezcla de encanto y horror ineludibles. Yo la había olido mucho más que palpado. Y cuando la recordaba me asía a su tez Rodin, al cuello Modigliani, a los vientres de bañistas de un Sena irrecuperable. Pero era el olor del arenque lo que flotaba en el ámbito. El de conejos suspendidos como trofeos de una muerta naturaleza. El de pulpos tripas tirados en las aceras. Mis ojos eran mi nariz entonces. Y no había deleite más íntimo que intuir, entre el olor de las lechugas podridas, un rasgo que me hablaba del centeno. París me extendía sus brazos de iluminaciones góticas. O a veces permitía que dejara ir mis dedos por entre sus tetas revolucionarias. Y si contaba con suerte, podía desvestirla del todo, con el afán torpe de los que han atravesado mares y se han desacostumbrado del amor. Y en un hotelucho de la calle de Vaugirard hacerla gemir. A ella tan indolente a pesar de su conciencia y su sabiduría. Por segundos me recostaba en sus nalgas blancas y creía oír en el aire el eco de una gavota. Cuando en verdad lo que subía de las calles eran gritos. Prolongados gritos que familias de Malí hacían para pedir entrada a las fortalezas francas. Yo deseaba hundirme de nuevo en la delicia y el olvido. Pero un olor a menstruaciones inagotables, a vómitos arrojados en los callejones, me empujaba a la otra orilla del sueño. Y sin saber cómo, terminaba deambulando por los mercados. Junto a quesos rancios y toneles de vino, comerciantes de la usura, viajeros provenientes de las Antillas, tinterillos, coroneles locos y una Madame Bovary por fin dada abiertamente a las licencias, meaban chorros ebrios e interminables.



Jean-Gabriel Thénot. *Testigos silenciosos*. 0.80 x 0.80 m.
Tinta china/madera. 2014

Cuántas campanas sonaban en esos instantes. Cuántos *Te Deums* se escuchaban en los coros de los templos. Y parecía no haber otra verdad más irrefutable que el derroche. Que la trata de esclavos y el hurto de reliquias asiáticas. Que el olor de la uretra y la hez acompañando las tonadas del amor y el ciclo de los nacimientos y las muertes. Pero ahora, cuando estoy aturdido de tanta diáspora y coordinada, y creo vano procurarme un centro, surge el cardamomo. Como una revelación. Impúdico. Rabiosamente adolescente. Y es la imagen de mi amigo Jorge Antonio la que llega. Mirándome, recostado en la hierba, por encima de los años. Las casas del Carmen de La Venta a sus pies como un rebaño de grillos dormidos. Luego lo veo mirar los guayabos del modo en que se mira a los amigos. Lenta y desganada-

mente. Y por fin, en un momento, mi memoria se hunde en la placidez. Los dedos mansos de Jorge Antonio me dan la semilla para que la aspire. Y es esa fragancia la que ahora busco entre mis uñas. En mis ropas. En algún poema que leí hace siglos. En las palabras descifradas por mi lengua. Y nada encuentro. Sólo un eco, inabarcable, que nombra la ausencia.

Trenes

Este es un tren rodeado de olvido. Y están los que salen de la estación de l'Est rumbo a Verdún. Atascados de soldados e insignias con sabor a pasta de yeso. Trenes de mercancías, eso afirman, cuando en realidad transportan los cíclicos condenados al infierno. Este tren está hecho de distancias. Semejante a los trenes sin color preciso. Como las aguas de don Jorge Manrique. Etéreos y al mismo tiempo longevos. Con un vaivén de vals triste que no acaba nunca. ¿Y ese único vagón de innumerables ventanillas que entra a la estación Bérault? Desde cada una de ellas mi padre, asesinado en Bello, mira con ojos de espectro. Pero no me dice quién ha sido su verdugo. Este tren que saldrá dentro de poco es ilusorio. Parecido a la luz. Luz que en los viajes es lo único real. Luz color de castañas maduras. Luz de limón que cae en el ojo. Luz rugosa de papel. Hecha de astillas azules o incierta como un versículo. Este tren que me espera ahora parece inexistente. Tiene algo de aquellos que cruzan los territorios de Arreola. Pero en él hay una verdad que no tiene ningún otro. Tu inevitable partida.

Notre-Dame

¿Sí la ves? Muda como corresponde a la piedra. Dueña de todos los gritos y las oraciones. Más allá de sus agujas, el cielo. Que es donde fluctúa Dios en su silencio rotundo. Acá, nosotros sentados en el atrio. A las dos de la madrugada. Pruebas escuetas del tiempo. Un poco inclinadas a lo errático. Porque a Hugo,

en este instante, le da por decir que es un privilegiado. ¿Sí la ves?, murmura de nuevo. Y convoca, frente a la fachada de la catedral, a sus ancestros que también son los míos. Conquistadores trapaceros. Soldados de guerras bobas. Campesinos ensimismados. Carceleros. Recaudadores de impuestos. Sepultureros. Mujeres rezanderas en el breve amor de las noches de Antioquia. Los infaltables mercaderes de las pócimas. Los enloquecidos por el oro. Los contrabandistas del aguardiente y el tabaco. Ese profesor de dibujo. Aquel cirujano alcohólico. Y los tocadores de trombones. Los tipleros. Los clarinetistas. Diciéndoles me dice que ellos nos han conducido hasta aquí. Hugo, hay que confesarlo, habla a veces como un poeta. Pero nunca ha escrito un verso. Y agrega, mirando las bestias y los santos del tímpano, que somos un par de perdidos. Embolados en la hermosa y horrenda ciudad en la que nadie somos. Nada. Solo plenitud anónima. Y aunque nos atraigan los barrancos detestamos las guerras. Los militares. Los paramilitares. Los guerrilleros. Los narcotraficantes. Hugo, también es cierto, sin ser historiador es memorable. Lo que habla es digno de recordar. Pero después, minutos, horas, días después, por circunstancias varias, eso nos parece desechable. La misma basura que consiste en decir que somos parte de un engaño. Que el único camino es la locura, la serenidad o la alegría. Hugo, luego de haber merodeado las otras, ha optado por la última de tales sendas. Ah, me dice, qué alegría tan hijueputa estar frente a Notre-Dame. Qué alegría flotar en esta noche única. Y ver a nuestros pies un reflejo del infinito. Qué alegría sentir el transcurrir del río al lado y llenarse de su respiración de suicidios y confesiones de amor. Enseguida me toma la mano. Me lleva ante el rey. Cerrá los ojos y olé, aconseja. Siempre lo he reconocido. Hugo, de algún modo, es sabio. ¿Qué otra cosa se puede hacer frente a Carlomagno si no cerrar los ojos y oler? Olfateo entonces

la estatua. Oigo el resuello del amigo. Contame a qué te huele, dice. Y yo, que estoy tramado de noche, respondo. Huele a líquenes. A barro. A boñiga en invierno. Huele a zumos de sexo. A axilas sin lavar. Huele a vino regado sobre cabelleras y vientres. A sangre y fuego incendiando pueblos. Huele a llanto de muchachas. A orines de niños. A gangrenas de viejos. Huele a gritos en el alba. A tropel de caballos sudorosos. Huele a cuernos de ciervo sonando en valles y campiñas. Pero en este momento Hugo sonrío. No seas exagerado, dice, que la música es inolora, insabora e inolora. Yo le devuelvo la sonrisa. Pienso que con este personaje uno no sabe a qué atenerse. Cuántas veces me ha dicho que la música de Perotín le huele a cilantro. Que la de Berlioz le huele a cocaína en las lomas de Robledo. Que la de Ravel es el olor de un pubis querido. Hugo vuelve a tomarme de la mano. Bordeamos la gran mole de infamia y fe. Miramos las gárgolas desvanecidas en el aire. Tocamos los muros. Largamos los ojos por entre tanto animal y hombre azorados. Y Hugo comenta que, si hay frío en el paso de los siglos, él es nuestro y jamás de las piedras. Luego prende su chicharra frente a un diablo mohíno. Me pasa la mano por la espalda. ¿Hacia dónde caminamos ahora?, pregunta. Por ahí, respondo. Que cualquier sitio ahora es cálido en su desamparo.

Museo

Objetos. Ellos hablan de mis días en París. Patrimonio de lo sublime y lo grotesco. Un preservativo. Una malla uterina. Jeringas con sangre seca en las agujas. Revistas pornográficas. Un periódico igual a todos los periódicos. La pantalla. El teclado. Un teléfono móvil pero mudo. Una destripada lata de comida. Dentífricos. Desodorantes. Perfumes. Cremas. Pastillas para dormir. Pastillas para enflaquecer. Pastillas de sodio. Fetos en recipientes que recuerdan la letrina. Una camisa de fuerza. Un

delantal de enfermero. Los barrotos de una cárcel. Un tarro con un líquido fosforescente que todo lo traspasa. También hay un arma. Tiene el tamaño de mi uña. Su voz es la máscara del silencio. El mecanismo, simple. Con solo accionarlo el museo se esfumaría. Y sólo quedaría el olvido.

Nerval

Busco la calle. El árbol que guardó tu último sueño. Pero no hay cuerda. Tampoco algún resplandor. Termino, sin embargo, encontrando otros fantasmas. El aire se llena de hojas frías porque es enero. Y un dulce olor a hachís llena las vías del Forum des Halles. Pregunto a los jóvenes que escuchan himnos rastafaris si te han visto. Me dicen que sí. Que todavía estás balanceándote sobre alguna canción de organillero. Pobre de ti, Nerval. Tus andanzas de clínicas a hospitales. Llenos tus bolsillos raídos de alucinadas notas. Siguiendo el eco de una tonada de Valois. Reducido a fotografías en bibliotecas y a esa frase que cubre de bruma esta calle de París que atravieso ahora: "El sueño es una segunda vida".

Pablo Montoya (Barrancabermeja, 1963). Doctor en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos en la Universidad de la Nueva Sorbona-París 3, es ensayista, narrador y poeta. En 2015 obtuvo el Premio Rómulo Gallegos con su novela *Tríptico de la infamia*. Ha publicado, entre otros, los libros: *Música de pájaros*; *Novela histórica en Colombia, 1988-2008 entre la pompa y el fracaso*; *Viajeros*; *Cuaderno de París*; *Adiós a los próceres*; *Un Robinson cercano*; *Trazos*; *La sed del ojo*; *Lejos de Roma*; *Los derrotados* y *Tríptico de la infamia*. Las prosas aquí publicadas, con su autorización, son extraídas de *Cuaderno de París* (Bogotá, Ediciones B, 2016).